

TACHADURAS

Tres mitos fundacionales subyacen a la cultura israelí de hoy en día. Estos mitos son la «negación del exilio» (*shelilat ha-galut*), el «retorno a la tierra de Israel» (*ba-shiva le-eretz Yisrael*), y el «regreso a la historia» (*ba-shiva la-historia*). Y están inextricablemente entrelazados en la narrativa hegemónica del sionismo, el relato que explica «cómo hemos llegado donde estamos y hacia dónde nos dirigimos». La negación del exilio establece una continuidad entre un antiguo pasado donde existió una soberanía judía sobre la tierra de Israel, y un presente que actualiza dicha soberanía con la nueva colonización de Palestina. Entre ambas etapas no habría sino una especie de interminable paréntesis. El rechazo hacia el período del exilio es algo que comparten todos los sionistas, si bien con diferentes grados de firmeza, y se deriva de lo que desde su perspectiva es una presunción incuestionable: desde tiempos inmemoriales, los judíos constituyeron una nación territorial; en consecuencia, una existencia no territorial tiene que ser anormal, incompleta e inauténtica. En (y por) esta misma narrativa, el exilio como experiencia histórica carece de significado. Aunque en su momento haya podido producir logros culturales, el exilio no podría, por definición, haber sido una realización saludable del *Geist* de la nación. En la medida en que han sido condenados a ello, los judíos –ya sean individuos o comunidades– podrían, como mucho, llevar una existencia parcial y transitoria, esperando la redención en la «ascensión», una vez más, a la tierra de Israel, el único lugar donde el destino de la nación podría realizarse. Dentro de este esquema mítico, los judíos exiliados han vivido siempre provisionalmente, como sionistas potenciales o protosionistas, anhelando «el retorno» a la tierra de Israel¹.

¹ Este artículo está basado en una parte de un ensayo más largo, titulado «Can The Subaltern Remember? A Pessimistic View of the Victims of Zionism», que aparecerá en un volumen editado por Ussama Makdisi y Paul Silberstein sobre la memoria y la violencia en Oriente Próximo y en el norte de África. Mi definición de los mitos fundacionales es visiblemente crítica. Está influida por Boas EVRON, *National Reckoning* [en hebreo], 1986; Yitzhak LAOR, *Narratives with no Natives: Essays on Israeli Literature* [en hebreo], 1995; David MYERS, *Re-Inventing the Jewish Past*, Oxford 1995; Amnon RAZ-KRAKOTZKIN, «Exile within Sovereignty» [en hebreo], dos partes, *Theory and Criticism* 4 (1993), pp. 23-56 y 5 (1994), pp. 113-132; véase también mi ensayo «Domestic Orientalism», *British Journal of Middle Eastern Studies* 23 (1996), pp. 125-145.

Aquí, el segundo mito fundacional complementa al primero. En términos sionistas, la recuperación por el pueblo del hogar prometido, que supondrá la *normalización* de la existencia judía, y el lugar designado para la actualización del Éxodo sería el territorio del relato bíblico, tal y como fue elaborado por la cultura protestante de los siglos XVIII y XIX. La ideología sionista definió su tierra como *vacía*, lo que no significa que los líderes y colonos sionistas ignoraran la presencia de árabes en Palestina, o se empeñaran en ignorarla. Israel estaba «vacío» en un sentido más profundo; en la medida en que no había una soberanía judía sobre la tierra, también ésta era condenada al exilio: carecía de cualquier historia dotada de sentido o auténtica, a la espera de la redención que traería el retorno de los judíos. El eslogan sionista más conocido, «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra», expresaba una doble negación: la de la experiencia histórica de los judíos en el exilio, y la de los palestinos sin la soberanía judía. Por supuesto, desde el momento en que la tierra no estaba literalmente vacía, su recuperación precisaba del equivalente a una jerarquía colonial –aprobada por la autoridad bíblica– de sus guardianes históricos sobre los intrusos, tal y como debía quedar establecido tras el retorno. De acuerdo con esto, los colonos judíos eran los privilegiados exclusivos según el Pentateuco, y los árabes palestinos tratados como parte del entorno natural. En la cultura hebrea *machista* de los tiempos modernos, conocer a una mujer, en el sentido bíblico, y conocer la tierra, se convierten en términos de posesión virtualmente intercambiables. Quienes actuaban eran los colonos judíos como sujeto colectivo, sobre los nativos palestinos convertidos en objetos.

El tercer mito fundacional, la «vuelta a la historia», revela, más que ningún otro, hasta qué punto la ideología sionista estaba reforzada por la emergencia del nacionalismo romántico y el historicismo alemán de la Europa del siglo XIX. La premisa es que la forma natural e irreductible de la colectividad humana es la nación. Desde el amanecer de la historia los pueblos han estado agrupados en tales unidades, y aunque éstas puedan, en una época o en otra, sufrir divisiones internas o ser oprimidas por fuerzas externas, están, en último término, destinadas a encontrar una expresión política propia en la forma del Estado-nación soberano. La nación es el sujeto histórico autónomo *par excellence*, y el Estado es el *telos* de su marcha hacia la autorrealización. Según esta lógica, desde el momento en que eran exiliados, los judíos se convirtieron en una comunidad fuera de la historia, dentro de la cual residen todas las naciones europeas. Únicamente las naciones que ocupan el suelo de su patria, y han establecido sobre ella la soberanía política, son capaces de dar forma a su propio destino y así, de acuerdo con esta lógica, ingresar en la historia. El retorno de la nación judía a la tierra de Israel, y la consiguiente superación de su dócil pasividad en el exilio, sería lo único que permitiría la reincorporación a la historia de los pueblos civilizados.

La limpieza de Palestina

Metafóricamente vacía, habitada de hecho por los árabes, ¿cómo podía «vacíarse» Palestina para hacer posible la creación de Israel? Recientemente –aunque debería haber ocurrido mucho antes– y gracias al trabajo de historiadores que no están comprometidos por sus mitos fundadores, han salido a la luz controversias sobre los orígenes del Estado actual. Un desarrollo bienvenido: se ha disipado mucha mistificación santificada. Pero existe el peligro de que el debate se vuelva demasiado estrecho si se centra únicamente en la cuestión de si en 1948 había o no un plan maestro por parte de Israel para producir una expulsión de gran alcance de los palestinos árabes de sus hogares². La cuestión moral que existe detrás de esta cuestión obsesiva es comprensible y debería respetarse. También es cierto, sin embargo, que da por sentado que lo que prima es la configuración de los perpetradores, no la perspectiva de las víctimas. La existencia o no de una intención sionista explícita de desencadenar una limpieza étnica bajo el manto de la guerra, plantea problemas a los que verdaderamente los israelíes necesitan enfrentarse. Pero a los palestinos que perdieron sus hogares, sus propiedades, sus derechos y sus identidades, poco les importa si el desastre que les acontece es el resultado de decisiones tomadas por jefes militares y burocracias locales sobre el terreno, de la comprensión implícita de que éste era el deseo de los líderes políticos sionistas, o el resultado final producido gracias a una atmósfera y una ideología difusa que trató las expulsiones masivas como deseables, o si todo se debe a cualquier combinación de las hipótesis anteriores. Lo que cuenta para los árabes arrancados de sus tierras es el hecho de su desposesión y de verse convertidos en refugiados. Los rituales retrospectivos de la mala conciencia se exponen a ser convertidos en lujos que sólo pueden permitirse los vencedores, sin que impliquen consecuencias para las víctimas que han tenido que vivir en tales circunstancias.

La realidad es que la eventualidad de las expulsiones masivas era intrínseca a la naturaleza de la colonización sionista en Palestina desde mucho antes de que la guerra estallara en 1948. Consideraciones sobre ideas de «traslados» de población dejaron de ser una simple abstracción después del informe de la Comisión Peel al final de la década de 1930. Después

² Hay abundantes estudios sobre esta cuestión. Para ejemplos destacados, veáse Ibrahim ABU-LUGHOD, ed., *The Transformation of Palestine*, Evanston, 1971; Christopher HITCHENS y Edward SAID, eds., *Blaming the Victims*, Londres y Nueva York, Verso, 1988; Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge, 1987, y *1948 and After*, Oxford, 1990; Yigal ELAM, *The Executors* [en hebreo], 1990, pp. 31-53; Nur MASHALHA, *Expulsion of the Palestinians: The concept of «Transfer» in Zionist political Thought 1882-1948*, Washington DC, 1992, y «A critic of Benny Morris», en Ilan Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question*, Londres, 1999, pp. 211-220. Para aportaciones más recientes y cualitativas, veáse Eugene ROGAN y Avi SHLAIM, eds., *The War for Palestine: Rewriting the History of 1948*, Cambridge, 2001.

de todo, tal y como acertadamente observa Zeev Sternhell, el sionismo es un ejemplo típico, en muchos aspectos, del nacionalismo «orgánico» —diferenciando del «cívico»— de Europa central y oriental³. Este tipo de nacionalismo era feroz respecto a sus exigencias de homogeneidad étnica, excluyéndose desde el principio por parte del movimiento sionista cualquier posibilidad de aceptar un Estado binacional. Dada la demografía de Palestina en 1947, el establecimiento de un Estado judío requería inexorablemente retirar a los palestinos de sus aldeas y ciudades. Sin embargo, la forma que iba a tomar este «traslado de población» no necesitaba un plan premeditado de expulsión por el gobierno israelí (a diferencia de los cálculos de oficiales individuales y aparatos burocráticos). Por el contrario, la decisión crucial era *evitar a toda costa el regreso a sus hogares de los palestinos árabes*, ignorando las circunstancias en las que los habían «abandonado», y sin importar el hecho de que su «salida» se había previsto inicialmente de modo explícito como un traslado temporal hecho bajo coacción en el medio de la guerra. Hubo, por supuesto, expulsiones deliberadas y masivas. La infame Operación Danny, llevada a cabo entre el 10 y el 14 de julio de 1948, que acabó en una masacre en Lydda y con el traslado forzoso de toda la población de las ciudades de Ramla y Lydda —diez millas al sudeste de Tel Aviv— a Jordania, es un ejemplo pertinente sobradamente conocido⁴. Pero la decisión realmente crucial, plenamente consciente y explícita, era asegurar que el hundimiento de la comunidad palestina, que se revelaba bajo la presión de una guerra abierta entre Israel y los Estados árabes, fuera irreversible.

Para comprender los resultados de este hecho, estamos obligados a destacar la investigación realizada por Bombaji-Sasportas de la Universidad de Ben-Gurion en Neguev⁵. En abril de 1948, Haifa sucumbió a un asalto israelí. En junio, el ministro de Asuntos Exteriores, Moshe Sharett —un preferido de los israelíes «moderados» en aquellos días—, dijo a sus colegas:

Desde mi punto de vista, lo más sorprendente es la desocupación del país por la comunidad árabe. En la historia de la tierra de Israel es algo más sorprendente que el establecimiento mismo del Estado hebreo... Se ha producido en medio de una guerra que la nación árabe declaró contra nosotros, porque los árabes abandonaron sus propios acuerdos, y su partida es uno de aquellos cambios revolucionarios después de los cuales la historia no vuelve a su curso previo, como se desprende de las consecuencias de la guerra entre Grecia y Turquía. Deberíamos estar deseando

³ Zeev STERNHELL, *The Founding Myths of Israel*, Princeton, 1998, pp. 3-47.

⁴ Benny MORRIS, *Birth of the Palestinian refugee Problem*, cit., pp. 203-212.

⁵ Haya BOMBAJI-SASPORTAS, «Whose Voice is Heard/Whose Voice is Silenced: the Construction of the Palestinian Refugee Problem in the Israeli Establishment, 1948-1952», tesis inédita, 2000. Estoy profundamente agradecido al autor por haberme facilitado el documento.

pagar por la tierra, lo que no significa que deberíamos comprar los edificios a todos y a cada uno [de los árabes]. Deberíamos adquirir los bienes y la tierra, cuyos fondos podrían utilizarse para ayudar a los árabes a asentarse en otros países. *Pero no vuelven. Y ésta es nuestra política: no vuelven*⁶.

Un día antes, en una carta a un importante oficial de la Agencia Judía, Sharett definía la desocupación de la tierra por sus habitantes árabes como «algo maravilloso en la historia del país y en cierto sentido incluso más maravilloso que el establecimiento del Estado de Israel»⁷.

El «traslado retroactivo»

En todas partes los burócratas tienen maneras de pensar y formas de expresión específicas, lo cual en ocasiones da lugar a términos escalofriantemente atinados. Yosef Weits, el director del Fondo Nacional Judío del Departamento de Tierras, y uno de los más implacables defensores del traslado, sirve como ejemplo destacado. Ya el 28 de mayo de 1948, cuando lideraba el semioficial Comité de Traslado tripartito, recogió en su diario una reunión con Sharett. En aquella ocasión, Weitz preguntó a Sharett si pensaba que debía efectuarse una acción ordenada para asegurar que la huida de los árabes de la zona en guerra fuera un hecho irreversible, y describía el objetivo de tal acción como un «traslado retroactivo» (*transfer be-di 'abad*). Sharett contestó que sí⁸.

El término de Weits subyace al discurso confidencial de los oficiales y políticos israelíes de la época. Probablemente desde la toma de Haifa, y con una creciente intensidad y ferocidad durante el otoño de 1948, los territorios palestinos conquistados por el ejército israelí fueron vaciados de árabes, sin que fuera necesario un plan maestro para alejarlos. Hubo una amplia gama de maneras de «desarabizar» la tierra: la huida de la clase pudiente; la escapada temporal de civiles de las áreas amenazadas por duros enfrentamientos; el pánico reforzado por la violencia, el terror y la propaganda militar israelí; y la expulsión implícita en la fuga generalizada⁹. Lo que está sobradamente documentado y demostrado es la fría deliberación de la política del «traslado retroactivo», que se extrae de aquellos movimientos. Ésta era la decisión fundamental que fue sistematizada, burocratizada y legalizada en la década de 1950, con consecuencias de largo alcance tanto para los palestinos como para los judíos, dentro y

⁶ Yigal Elam, *The Executors*, cit., p. 31 (la cursiva es mía).

⁷ *Ibid.*, p. 43.

⁸ Véase Benny Morris, *1948 and After*, cit., pp. 89-144.

⁹ Véase especialmente el cuidadoso intento de Morris de clasificar todos y cada uno de los casos de los que pudo recoger información, en los mapas, apéndices y valiosos índices a los mapas, en Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-49*, cit., pp. ix-xx.

fuera de Israel. Hasta el día de hoy, lo que estructuralmente define la naturaleza del Estado israelí es el retorno de los judíos y el no retorno de los árabes a Palestina. Si esta dinámica de retorno/no retorno desapareciera, el Estado sionista perdería su identidad.

Las narrativas oficiales

La implantación física de las políticas de no retorno supuso la brutal demolición en tiempo de guerra de los pueblos ocupados, y en algunos casos de los barrios urbanos; la confiscación de tierras y propiedades; el asentamiento de judíos en lugares que quedaban libres de árabes. Los resultados se completaron con medidas legales sistemáticas en la década de 1950, que afectaron a los refugiados tanto de fuera como de dentro de Israel, a quienes el Estado definía como sus ciudadanos (de segunda clase). Pero la eliminación de la existencia árabe en Palestina no fue solamente física; también fue discursiva. Un grupo de funcionarios al frente de lo que fue considerado el conocimiento experto de «la cuestión árabe» era el responsable de esta parte de la operación. Comprendía dos tipos diferenciados de funcionarios: unos provenían del departamento de relaciones internacionales de la Agencia Judía o de la unidad de inteligencia de Haganá¹⁰, en el período preestatal. Éstos hablaban árabe, y se les conocía como arabistas (*arabistim*). El otro contingente era el producto de la mejor educación de las universidades europeas –la mayoría alemanas– y/o de la Universidad Hebrea de Jerusalén; conocían el árabe escrito (*fushā*), creían que tenían un conocimiento más amplio y profundo del enemigo que sus homólogos en la materia, y eran conocidos como orientalistas (*mizrabanim*). Una vez establecido el Estado, la mayoría de ellos ocupó puestos en su maquinaria de inteligencia, en la investigación y en los departamentos de Oriente Próximo del Ministerio de Asuntos Exteriores, o fueron consejeros del primer ministro para los «Asuntos Árabes»¹¹.

Después de la guerra, un movimiento estratégico preliminar de este aparato fue definir la crisis de los refugiados palestinos como una cuestión

¹⁰ Tza Haganá Le Israel: organización militar «popular» creada en 1920 por los mismos fundadores de la Histadrut (Federación General de Trabajadores Judíos: principal sindicato de Israel, vinculado al sionismo laborista y dotado de gran peso económico) como una fuerza armada nacional subordinada a un liderazgo político electo y autorizada a emplear su potencial militar en defensa de los intereses del pueblo judío. Aunque tanto para británicos como para árabes constituía una entidad ilegal, un grupo armado clandestino, el *yishuv* la consideraba un ejército popular de pleno derecho y, en efecto, pronto se revelaría como antecesora de las Fuerzas de Defensa de Israel. [N. de la T.]

¹¹ Véase Haya Bombaji-Sasportas, «Whose voice is Heard...», cit., pp. 17-22; Joel BEININ, «Know Thy enemy, know Thy Ally», en Ilan Pappé, ed., *Arabs and Jews during the Mandate* [en hebreo], 1995, pp. 179-201; Gil EYAL, «Between East and West: the discourse on “the Arab Village” in Israel» [en hebreo], *Theory and Criticism* 3 (1993), pp. 39-55; Dan RABINOVICH, *Antropology and the Palestinians* [en hebreo], 1998.

«humanitaria», ligada inseparablemente a una resolución global del conflicto árabe-israelí, con el pleno conocimiento de que una resolución como tal no era algo que pudiera esperarse a corto a plazo. Bombaji-Sasportas observa acertadamente que se trataba de una estrategia instrumental para suprimir la subjetividad de las víctimas de la expansión israelí: ignorar su identidad, memoria y aspiraciones en favor de un nudo gordiano deliberadamente construido que ha sido aceptado como algo incuestionable desde entonces por parte de la intelectualidad israelí, ya sea crítica o perteneciente a la corriente dominante¹². A su manera, Asher Goren –un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí– también apuntaba esto mismo. En un memorándum de 27 de septiembre de 1948, al resumir el problema de los refugiados, y tras reiterar que estaba pendiente el conflicto con los Estados árabes en su conjunto, concluyó: «Los que buscan un acuerdo [entre los estadistas árabes] quieren el regreso [de los refugiados a sus hogares]. Los belicistas se oponen a ello. La voluntad de los refugiados se desconoce y además nadie les pregunta»¹³.

El Comité de Traslado semioficial liderado por Weitz, que elaboró su primer informe en noviembre de 1948, formuló lo que más tarde se convertiría en el relato oficial del «problema de los refugiados»¹⁴. La función principal de Comité era ejecutar y supervisar la política del no retorno con la demolición y la eliminación sistemáticas de los pueblos y barrios palestinos, y la confiscación consiguiente de la tierra y las propiedades que les pertenecían. El informe era un impresionante documento que contenía una muy detallada información sobre los palestinos y las actividades del Comité. Su objetivo textual era reforzar la conclusión, expuesta con toda la apariencia de autoridad y objetividad, de que la única solución para los refugiados era su reasentamiento en países árabes. Analizado con distancia este informe podría verse como el texto originario de todo el discurso israelí –académico, burocrático, político– sobre el destino de «aquellos que se marcharon», al menos hasta la publicación del trabajo de Benny Morris en las décadas de 1980 y de 1990. Este último proporcionó el relato que se convirtió en la versión predominante de la historia, en la propaganda y a los efectos de la política exterior.

La narración era fraudulenta, y hay razones para sostener que se trataba de un fraude consciente¹⁵. El peso de la narración descansaba en que los mismos palestinos, sus líderes y cómplices en los Estados árabes eran

¹² Haya Bombaji-Sasportas, «Whose Voice is Heard...», cit., pp. 331-333.

¹³ Archivos de Estado Israelíes/Ministerio de Asuntos Exteriores/Corpus del Ministro y Director General 19-2444, vol. II, p. 6 (en adelante, SA/FO/CMDG).

¹⁴ SA/FO/CMDG, 3/2445. Este expediente en particular contiene documentos del período comprendido entre agosto y noviembre de 1948, incluido el informe del Comité de Traslado, como lo denominó Weitz.

¹⁵ Comparaciones entre la narración oficial y los papeles confidenciales indican inequívocamente un engaño deliberado; Yaacov Shimoi, un alto funcionario de la época, admitió en 1989 que se había difundido una «versión fraudulenta». Véase Elam, *The Executors*, cit., nota 17, pp. 48-49.

los únicos responsables de la creación del «problema de los refugiados». El muftí de Jerusalén, Hach Amin al-Husayni, había aconsejado a los palestinos que dejaran sus hogares con el fin de regresar con los ejércitos árabes victoriosos, y exigir no solo sus propiedades, sino también aquellas de los judíos derrotados. Por lo tanto, eran los Estados árabes los que tenían la responsabilidad de reconocer que los refugiados se reinstalaran allí, no únicamente por haber incitado a su desplazamiento, sino también porque era un «hecho científico» que las sociedades árabes eran los únicos hogares apropiados para tales personas, teniendo en cuenta que el mapa de Palestina había sido transformado e Israel se encontraba colapsado por la absorción de refugiados judíos expulsados del mundo árabe.

La desaparición de Shayj Mu'nis

La campaña desplegada para borrar cualquier huella del pasado palestino del suelo conquistado era una concomitancia lógica de este esquema. Un ejemplo llamativo de cómo esta política funcionó en la práctica nos lo ofrece las recientes memorias de Zvi Yavetz, profesor emérito de Historia Romana, fundador de la Universidad de Tel Aviv, y persona muy influyente en su Facultad de Humanidades durante tres décadas. Al evocar su papel en los primeros tiempos de las negociaciones con académicos, políticos y burócratas para establecer la universidad, describe cómo se tomó la decisión de trasladar el campus incipiente de los barrios provisionales en el corazón de Tel Aviv a Shayj Mu'nis¹⁶. Da la casualidad que ya en 1948 –justo después de la caída de Haifa– Golda Meir (entonces Myerson) también mencionó Shayj Mu'nis: dirigiéndose al Comité Central de Mapai¹⁷, dijo que deseaba plantear la cuestión de qué se había hecho con las áreas que habían sido sustancialmente «desarabizadas». Según expuso a sus colegas, debería haberse trazado una distinción entre los pueblos «hostiles» y los pueblos «amigos». «¿Qué hacemos con los pueblos que han sido abandonados por [árabes] amigos... sin presentar batalla?», preguntó. «¿Tenemos la voluntad de conservar estos pueblos para que sus habitantes puedan regresar, o queremos borrar toda huella [*limbok kol zekher*] de que había un pueblo en un lugar determinado?»¹⁸. La respuesta de Meir fue inequívoca. Era impensable tratar a los pueblos «como Shayj Mu'nis», cuyos habitantes huyeron porque no querían enfrentarse a la *yishuv*¹⁹, de la misma manera que se había tratado a los pueblos hostiles, es decir, sometidos al «traslado retroactivo».

¹⁶ Zvi YAVETZ, «On the First Days of Tel Aviv University: Memories», *Alpayim* II (1995), pp. 101-129.

¹⁷ Mapai: siglas en hebreo del Partido Obrero de la Tierra de Israel. Fundado en 1930, se disuelve en el Partido Laborista en 1968 (el partido laborista es la unión de Mapai y otros dos partidos políticos). [N. de la T.]

¹⁸ Véase Morris, «*The Birth of the Palestinian Refugee Problem*», cit., p. 133. La traducción de las palabras de Meir es mía, de la edición hebrea de 1991 del libro de Morris. cit., p. 185.

¹⁹ *Yishuv*: comunidad judía de Palestina antes de la creación del Estado de Israel. *Yishuv* en hebreo significa comunidad. [N. de la T.]

Pero los habitantes de Shayj Mu'nis no ganaron mucho con su clasificación como «amigos». Hasta después de marzo de 1948, los líderes de esta importante población situada al norte de Tel Aviv habían impedido a los árabes irregulares entrar en él, e incluso prácticamente colaboraron con Haganá. Sin embargo, en aquel momento, el Irgún²⁰ secuestró cinco de los notables locales más señalados. Acto seguido la población huyó *en masse*, y Shayj Mu'nis literalmente se desvaneció —una desaparición confirmada tres meses después por los servicios de inteligencia del ejército israelí—. En otras palabras, la pregunta aparentemente punzante de Golda Meir a principios de mayo fue planteada con pleno conocimiento de que había dejado de existir a final de marzo, lo cual constituye un típico examen de conciencia a la manera del laborismo sionista: lágrimas de cocodrilo sobre un *fait accompli*. Lo que una vez fuera Shayj Mu'nis se incorporó a un barrio pudiente al norte de Tel Aviv, que tomó el nombre de Ramat Aviv. Allí, en la década de 1960, se construyó la Universidad de Tel Aviv en el lugar donde Shayj Mu'nis había estado hacía menos de 20 años. Yavetz, un conocido «izquierdista», veterano de la guerra de 1948, por no decir un eminente historiador, no menciona una palabra sobre esto. Shayj Mu'nis no volvió a estar allí, y durante treinta años no sería recordada. Pero finalmente se produjo una brusca excepción colonial. En la década de 1990, a medida que la Universidad crecía en tamaño y abundancia, se construyó un lujoso club VIP en el campus que se llamó Green House. Su arquitectura es una versión israelí orientalista de una «mansión árabe», y está situado en la colina donde una vez estuvo la casa del *mujtar* de Shayj Mu'nis (después de todo es un club VIP). La información sobre el pasado del lugar, y a quién perteneció, puede encontrarse en el menú de la Green House.

Desde un principio, los oficiales israelíes fueron bien conscientes del significado de la memoria y de la necesidad de borrarla. La represión de lo que había sido hecho para crear el Estado era esencial para los mismos judíos. Pero fue más importante todavía borrar la memoria entre los palestinos. Shamail Kahane elaboró uno de los documentos más ilustrativos de la campaña oficial con este propósito. Kahane, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, trabajó como secretario diplomático y personal de Sharett entre 1953 y 1954, y su participación fue esencial en la creación del vasto archivo burocrático conocido como «Expediente de la Operación Refugio»²¹. El 7 de marzo de 1951, hizo una propuesta al direc-

²⁰ Organización militar sionista de derechas, nacida en 1931 de la creciente insatisfacción entre las filas del sionismo radical con la actuación militar de la Haganá [véase nota 10]. Su nombre completo es Irgún Zui Leumi, que en hebreo significa «Organización Nacional Militar». Durante el período en el que estuvo activa (1937-1948), llevó a cabo ataques terroristas contra la población árabe (y en ocasiones también contra el Mandato británico) dentro de una campaña en pro de la constitución de un Estado judío en la tierra de Israel; fue disuelta en 1948 tras la creación del Estado de Israel. [N. de la T.]

²¹ Para más detalles sobre Shamail Kahane, véase Haya Bombaji-Sasportas, «Whose Voice is Heard.», cit., pp. 100, 119 y 163-168.

tor en funciones del departamento de Oriente Próximo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Divon. Éste es el texto de su memorándum:

PROPAGANDA ENTRE LOS REFUGIADOS CON EL FIN DE QUITARLES LAS ILUSIONES DE REGRESAR A ISRAEL

Deberían ustedes ayudarse con propaganda de las fotos que servirían para ilustrarles (a los refugiados) de manera muy tangible que no hay sitio donde volver. Los refugiados fantasean con que sus casas, sus muebles y sus pertenencias están intactas, por lo que sólo necesitan volver y reclamarlos. Sus ojos deben ser abiertos para que vean que sus hogares han sido demolidos, su propiedad perdida y que lo último que están dispuestos a hacer los judíos que han ocupado su lugar es renunciar al mismo. Todo esto puede darse a entender de una manera indirecta para no provocar sentimientos de venganza innecesarios, sino que mostrarían la realidad como es, por muy amarga y cruda que sea.

Formas de infiltrar tal material: un folleto o una serie de artículos acompañados por fotos publicadas en Israel o en el exterior, en un círculo limitado que no tendrían repercusiones en el mundo no árabe, pero que llegarían a las manos de periodistas árabes quienes tras un acuerdo previo, seleccionarían el material más apropiado para advertir a los refugiados. Otra manera: publicar las fotos con titulares adecuados (¡los titulares son lo que importa!) en un folleto que fuera supuestamente publicado en uno de los países árabes. El material fotográfico debería trazar un contraste entre los pueblos árabes en el pasado y su estado actual, después de la guerra y los asentamientos judíos en los lugares abandonados. Estas fotografías deberían demostrar que los colonos judíos encontraron todo en ruinas, que han puesto una gran cantidad de trabajo en restaurar los pueblos desiertos, que ellos vinculan su futuro a esos lugares, que cuidan de ellos y que no están dispuestos a renunciar a los mismos.

Hay un cierto riesgo en esta propuesta, pero pienso que sus beneficios podrían exceder al daño que podrían producir. Deberíamos considerar muy cuidadosamente cómo llevarla a cabo de manera eficiente²².

El memorándum de Kahane es una ilustración fehaciente del despiadado estado mental del *establishment* israelí al pretender transformar la conciencia y la memoria de las víctimas. Puede verse como un preámbulo a un minucioso informe sobre cada aspecto imaginable del «problema de los refugiados», que Kahane preparó unos años después, con un ojo puesto en las actividades de la Comisión de Pacificación de la ONU y en una conferencia que fue patrocinada en París²³. Se trata de un documento destacable en muchos aspectos: evidencia la gran velocidad con la que la herencia árabe de Palestina se había convertido en un episodio fugaz en

²² SA/FO/CMDG 18/2402.

²³ SA/FO/CMDG 18/2406.

la mentalidad oficial; y la rotundidad con la que se presentaba ahora como una imposibilidad objetiva cualquier regreso de los refugiados, más que tratarse de una eventualidad que el propio Estado estaba decidido a bloquear a cualquier precio. Reafirmando la tesis familiar de que los árabes eran los culpables de su propio desplazamiento, Kahane revelaba hasta qué punto Palestina se había convertido para él en un lugar sin árabes. «Nacionalmente –escribió– el crecimiento de una minoría árabe impedirá el desarrollo del Estado de Israel como Estado homogéneo». La repatriación, añadía altruistamente, sería una desgracia para los mismos refugiados:

Si los refugiados hubieran regresado a Israel se habrían encontrado a sí mismos en un país cuyas estructuras económicas, sociales y políticas difieren de aquellas del país que dejaron atrás. Las ciudades y la mayoría de los pueblos árabes desérticos, han sido desde entonces ocupados por judíos que han dejado en ellos su huella imborrable... si los refugiados hubieran vuelto a las realidades que se han desarrollado en Israel, ciertamente habrían encontrado difícil ajustarse a ellas. Los profesionales de las ciudades, los comerciantes y los oficiales habrían tenido que emprender una desesperada batalla por la supervivencia en una economía nacional dentro de la cual, todas las posiciones relevantes están tomadas por judíos. Los campesinos habrían sido incapaces, en la mayoría de los casos, de regresar a sus tierras.

Aquí Kahane estaba repitiendo el argumento de un informe anterior de la oficina de asuntos Exteriores de 16 de marzo de 1949, también elaborado pensando en el Comité de Pacificación que acababa de establecerse en la Resolución 194 de Naciones Unidas. Sus autores parecían haber sido Michael Comay, director del Departamento de la Commonwealth en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y Zalman Lifshitz, miembro fundador del Comité de Traslado y consejero de Ben Gurion en asuntos de tierras. Escrito en inglés y titulado «El problema de los refugiados árabes», este documento, en un registro objetivo, retórico y de «la realidad ha cambiado», también enfatiza la imposibilidad de la «repatriación» de ningún palestino²⁴. Sin embargo, añade un argumento. En esta narrativa la crisis de los refugiados es descrita como si fuera el resultado de un desastre natural, cuya consecuencia es triste, pero inevitable e irrevocable, con el cual nada tiene que ver el perpetrador de la expatriación, el Estado por el cual el documento habla, y al cual sirve el autor. Obsérvese el uso de construcciones impersonales y de la voz pasiva:

Durante la guerra y el éxodo árabe, las bases de su vida económica [de los refugiados] se desmoronaron. Los bienes muebles que no se llevaron

²⁴ SA/FO/CMDG 19/4222, vol. II. Para la identificación de los autores, véase Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, cit., p. 255, y Bombaji-Sasportas, «Whose Voice is Heard», cit., p. 148.

con ellos han desaparecido. El ganado ha sido sacrificado o vendido. Miles de las viviendas en pueblos y ciudades han sido destruidas en el curso del enfrentamiento, o con el fin de impedir su uso a las fuerzas enemigas, regulares o irregulares; y de aquellas que permanecen habitables, la mayoría están sirviendo como hogares temporales para los inmigrantes [judíos]... Pero incluso si la repatriación fuera económicamente viable, ¿es políticamente deseable?, ¿tendría sentido recrear aquella sociedad dual, que ha atormentado tanto tiempo a Palestina, hasta llevarla eventualmente a una guerra abierta? Bajo las circunstancias más felices, se crea una situación compleja e incierta donde un único Estado ha de ser compartido por dos o más pueblos que difieren en raza, religión, lengua y cultura.

«Ausentes presentes»

La escalofriante precisión administrativa del término de Weitz, «traslado retroactivo», narra la historia de la decisión israelí de transformar Palestina, para los refugiados en el exterior que perdieron sus hogares durante la guerra y después de ella, en un país cerrado y al que no se puede regresar. Otro término, con similares efectos administrativos, legales y de carga moral, fue acuñado para los refugiados interiores, dentro de las fronteras del Estado. Éstos llegaron a ser conocidos como «ausentes presentes» (*nokbehim nifkadim*)²⁵. Es evidente, tal y como demuestra sobradamente Bombaji-Sasportas, que en este contexto «exterior» e «interior» son los elementos adicionales que marcan la determinación del *establishment* israelí por controlar y desposeer a los refugiados²⁶. El uso del término utilizado en este artículo, tiene como finalidad mostrar las realidades que están detrás de él. El término «ausentes presentes» hace referencia a la historia de desposesión y desplazamiento de aquellos palestinos –su número se estima en 160.000– que se encontraban dentro del Estado de Israel en el período comprendido entre los años 1948 y 1952. Nos habla de las coordenadas tácitas de *apartheid* que definen el Estado de Israel hasta el día de hoy: la interacción entre la inclusión formal de los palestinos como ciudadanos y su exclusión de la igualdad de derechos dentro del Estado. Ésta es la dialéctica precisa de la opresión de una población formalmente presente, pero en muchos aspectos cruciales ausente, que hace la definición administrativo-legal de estos palestinos tan fríamente adecuada.

La categoría de «ausentes» era un término originalmente jurídico para aquellos refugiados que estaban «ausentes» de sus hogares, pero «presentes»

²⁵ La naturaleza cinegética de este término ha sido también apuntada por David Grossman, quien adecuadamente tituló su libro en hebreo sobre los palestinos israelíes *Present Absentees* (1992). Al inglés ha sido traducido como *Sleeping on a Wire* [Durmiendo sobre un alambre].

²⁶ Véase específicamente la discusión que ella misma mantiene sobre «la construcción de un cuerpo de conocimiento y la clasificación de los refugiados como un objeto científico», así como «la categorización de los refugiados», Bombaji-Sasportas, «Whose Voice is Heard», cit., pp. 44-99.

dentro de las fronteras del Estado tal y como se definió por los Acuerdos de Armisticio de 1949. A la gran mayoría de los palestinos así clasificados no se les permitió regresar a sus hogares, reclamar sus propiedades o pretender una compensación. En su lugar el Estado promulgó la Ley de las Propiedades de Ausentes en 1950, la cual legalizó el saqueo de sus posesiones. El pillaje sobre la propiedad árabe se produjo bajo la apariencia de una gran transacción de tierras que el Estado había organizado con la misma. Una entidad oficial llamada «Agencia de custodia», tenuemente disfrazada, fue autorizada «a vender la tierra de los ausentes» (definidos en la cláusula 1 [b] de la ley) a la Agencia de Desarrollo, un órgano del gobierno creado específicamente para adquirirla. Acto seguido, esta misma agencia las revendió al Fondo Nacional judío. Al final de la cadena estas tierras fueron arrendadas de manera privada únicamente a judíos (éste fue la función del FNJ en el proceso), y gradualmente se convirtieron *de facto* en propiedad privada, mientras *de iure* permanecen bajo la custodia del Estado²⁷.

Obliteración cultural

Si tales fueron las consecuencias del *status* legal de ausente, la noción totalmente dialéctica de los «ausentes presentes» fue ideada en un estilo más literario por otro alto burócrata en el Ministerio de Asuntos exteriores, Alexander Dotan. A principios del verano de 1952 trabajaba en su departamento para las Instituciones Internacionales, cuando la UNRWA²⁸ terminó sus actividades en el país y traspasó la responsabilidad sobre los refugiados «interiores» al gobierno israelí. En julio, Dotan fue nombrado coordinador interministerial y presidente del Comité asesor para los refugiados. Tras algunas investigaciones escribió una serie de memorándums que ofrecían unas instrucciones y soluciones preliminares para «el problema de los refugiados». El primer documento, de fecha de 9 de noviembre de 1952, estaba referido específicamente a aquellos refugiados dentro de Israel a quienes no se les había permitido regresar a sus hogares, y muchos de los cuales residían en otros pueblos y ciudades palestinas. Dotan identificaba y definía a aquellas personas –parecería que por primera vez– como «ausentes presentes»²⁹. Los rasgos literarios de la memoria son sorprendentes. Argumentación trágica, una pretendida empatía y una

²⁷ El texto de esta ley es mucho más largo, pero es accesible en cualquier compendio oficial de la legislación de la Knesset. Para comentarios críticos sobre la ley, véase la disertación de Alina KORN, *The Arab Minority in Israel during the Military Government (1948-1966)*, tesis de posgrado inédita, Universidad Hebrea de Jerusalén, 1991, pp. 91-96, y Tom SEGEV, *1949: the First Israelis*, Jerusalén, 1984, pp. 93-95 (ambos en hebreo).

²⁸ UNRWA: *United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East*. Agencia de las Naciones Unidas para la ayuda a los refugiados palestinos en Oriente Próximo. Creada por la asamblea general de la ONU en diciembre de 1949. [N. de la T.]

²⁹ SA/FO/A/2/2445 (a-948 II).

imparcialidad antropológica eran desplegadas para generar una representación realista de la forma en que probablemente los «ausentes presentes» iban a recordar el pasado:

El problema fundamental de los refugiados, que son plenamente dependientes de las políticas del gobierno, es la tierra. La actual situación es que un refugiado a menudo vivirá en un pueblo de Galilea, adyacente a su pueblo y tierras desérticas, como si estuviera en un puesto de observación. La distancia es normalmente de apenas unos kilómetros y, en la mayoría de los casos, los refugiados hubieran sido capaces de cultivar las tierras desde sus actuales lugares de residencia, si se les hubiera permitido hacerlo, incluso sin regresar a los pueblos desiertos y destrozados. Desde su lugar de observación y refugio presente sigue lo que está ocurriendo en su tierra. Espera y anhela regresar a ella, pero mira a los nuevos inmigrantes [judíos] que están intentando echar raíces en la tierra, o aquellos que la han arrendado a la Agencia de custodia, o cómo los huertos se deterioran gradualmente porque nadie se ocupa de ellos. El refugiado desea regresar a su tierra, o al menos a algo de ella, cuando está ya ocupada mayoritariamente por judíos, y por ello normalmente pretende arrendarla de la Agencia de custodia, algo que se le niega.

Dotan era tajante, una prolongación de estas condiciones era política y culturalmente imposible. Sin embargo, su conclusión al menos no era el retorno de las propiedades y la concesión real de la ciudadanía a los refugiados «interiores». Los mitos fundacionales del sionismo hicieron –como todavía lo hacen– cualquier conjunción de las palabras «retorno» y «árabes» o «palestinos» impensable. Lo que Dotan tenía en mente era algo más: una asimilación integradora (*hitbolelut*) de aquellos palestinos al Estado judío y a la sociedad de Israel borrando su memoria, su identidad y su cultura. Dotan utilizaba deliberadamente el término preciso que era fundamental para la autojustificación del movimiento sionista: *hirboletut* era el desastre que la recuperación de la tierra de Israel prevendría –la desaparición del pueblo judío a través de la asimilación en la diáspora–. Tal era el futuro que ahora se desplegaba benignamente a los árabes que vivían en Israel. En un segundo memorándum, de 12 de noviembre de 1952, Dotan advertía que las actuales políticas estatales podían inducir a los palestinos que se hallaban dentro de Israel a sentir que eran «una minoría nacional perseguida que se identifica con la nación árabe».³⁰ Para evitar este riesgo, propuso una nueva estrategia que pretendía, por una parte, «integrar a los árabes en el Estado abriéndoles las puertas de la asimilación», y, por otra, «combatir ferozmente a aquellos que se nieguen o sean incapaces de adaptarse al Estado [judío]». Dotan era consciente de las previsible objeciones a tal política, y se topo con ellas. «Puede preguntarse, correctamente: ¿qué perspectivas hay de que los árabes sean

³⁰ SA/FO/CMDG 2/2445 A (a-948 II).

asimilados? A esto se puede responder solamente a través de la experiencia, pero si quiere esbozarse una lección tomada de la historia, podría decirse que la asimilación ha sido un rasgo muy común en el Oriente Próximo desde tiempos inmemoriales».

La lógica colonial de esta concepción se reveló con toda claridad cuando Dotan pasaba a explicar cómo podría alcanzarse una obliteración irreversible de la identidad palestina:

La realización de una nueva política de estas características requiere un golpe violento de gran alcance sobre la minoría árabe, tanto por parte del Estado como por la opinión pública judía del país, y parece que un instrumento importante de ello podría ser la formación de una misión cultural judía secular. La misión actuaría como el emisario del pueblo judío y el progreso israelí en la aldea árabe. En ninguna circunstancia se permitirían la presencia de partidos políticos dentro de ella o su actuación a través de la misma. Esta misión se dotaría de seminarios especiales de formación para sus monitores sobre cómo proceder en las aldeas árabes, sobre las líneas de nuestros monitores en el *ma'abarot* o en los nuevos asentamientos, y *al igual que las misiones a las aldeas indias en México*³¹. Estos monitores penetrarían en las aldeas junto con los refugiados, comenzarían por instalarlos, y los acompañarían desde el primer día de su instalación... Misiones de dos a tres monitores, hombres y mujeres, para cada veinte o treinta aldeas serían suficientes para producir cambios agrarios dentro de ellas. Una misión de estas características residiría en un pueblo; enseñaría hebreo; ofrecería instrucción agrícola, asistencia médica y la cobertura de medidas sociales; sustituiría la tutela social; actuaría como un mediador natural entre los pueblos, las autoridades y la comunidad hebrea; y se encargarían de la observación de todo lo que ocurriera en y alrededor del pueblo. Una misión como tal podría ejercer una influencia en todas las cuestiones de éste y alterarlo en unos pocos años.

La propuesta de Dotan desató la ira del consejero de Ben Gurion para los asuntos árabes, el poderoso y despiadado Josh Palmon, quien favoreció la continuación de un gobierno militar notoriamente opresivo con la esperanza de que esto extendería asimismo el proceso de «traslado retroactivo» –es decir, expulsión *de facto*– a los refugiados «interiores». Pero Dotan reiteró su argumento sin intimidarse. Su siguiente informe, de 23 de noviembre de 1952, advirtiendo de que de otra manera las potencias exteriores podrían imponer una «autonomía cultural» para la minoría palestina en Israel, avalaba su idea de una *bitboletut* árabe. Difícilmente podía darse un ejemplo más tangible del empeño deliberado de erradicar la memoria concreta de una Palestina árabe que el ladrillo final del edifi-

³¹ *Ma'abarot*: los campos de transición –más transitorios para los inmigrados ashkenazis que para los sefardíes– construidos para la inmigración masiva de judíos de la década de 1950; la cursiva es mía.

cio asimilacionista de Dotan. Aquí está lo que escribió al ministro de Asuntos Exteriores:

Una herramienta importante para nosotros es la reconstrucción acelerada de antiguos nombres geográficos y la hebraización [*shi'abu*] de los topónimos árabes. A este respecto la tarea más importante es diseminar la práctica del uso de los nuevos nombres, un proceso que ha transcurrido con dificultades también entre los judíos. En Jaffa el nombre «Jibaliyya» está todavía en uso, aunque gradualmente se está desechando «Giv'al Aliya». En oposición, no se ha encontrado todavía un nombre hebreo para «Ajami», y algunos nuevos inmigrantes todavía llaman incorrectamente al barrio árabe dentro de él el «gueto» o «gueto árabe». Es posible, siendo estrictamente formal y con un adoctrinamiento adecuado, hacer que los habitantes árabes de «Rami» [en la alta Galilea] se acostumbren a llamar a su pueblo, tanto al hablar como al escribir, «Ha-Rama» (Ramat Naftali) o hacer que los habitantes de «Machd al-Krum» [también en la alta Galilea] se acostumbre a llamar a su pueblo «Beit ha-Kerem». He oído ya a los habitantes de lo que los árabes llamaban «Shafa'amer» [cerca de Haifa], utilizar el nombre [hebreizado] «Shefar'am»³².

Dotan describió su segundo memorándum como «La solución final del problema de los refugiados en Israel». El fácil uso del término resulta llamativo. Aquí reúne las raíces históricas del rechazo obsesivo a conceder a los palestinos el derecho de retorno, que hoy en día —más que la unidad de Jerusalén— constituye el punto fundamental del consenso de la política israelí. Es esto lo que explica la legítima —absurda— creencia de que la retirada de los territorios ocupados en 1967 y el desmantelamiento de los asentamientos sería un compromiso doloroso.

³² Citado en Yitzhak Laor, *Narratives with no Natives*, cit., p. 132. El trabajo crítico de Laor es el intento más sensible hasta la fecha de mostrar cómo el *establishment* literario ha sido cooptado por el Estado israelí para escribir el guión hegemónico que borra la memoria de los palestinos. Véase especialmente «The Sexual Life of the Security Forces: On Amos Oz», y «We Write Thee Oh Homeland», pp. 76-105, 115-171.